

Después se acordó que se suspendieran las sesiones hasta el regreso de la comisión, de la cual formarían también parte el presidente y los secretarios de las Cortes.

Antes de levantar la sesión el presidente de la Cámara pronunció un discurso de buenas formas y hábil en extremo, haciendo un llamamiento á los partidos y á los pueblos para que se encierren dentro de la legalidad. De entre sus párrafos más notables tomamos los siguientes, que encierran una gran verdad, verdad reconocida por el Sr. Ruiz Zorrilla, que es uno de los hombres de más elevación moral de la Revolución, en uno de los momentos más difíciles de nuestra historia contemporánea, cuando va á inaugurarse un nuevo reinado que ha de luchar necesariamente con más dificultades que las que rodeaban á Isabel II no mucho antes de ser expulsada del trono:

«Yo creo—decía el Sr. Zorrilla—que España nos dice á todos: no más sangre, no más ruinas, no más guerras civiles, no más partidos de opresores y oprimidos, no más partidos de explotadores y explotados: unión y paz, libertad y orden. Yo creo que la mayoría de los españoles que no han tomado parte activamente en las discordias políticas de estos últimos años, la España que no se agita continuamente en la arena del combate político, dice á los unos que es tarde para retroceder, porque tenemos los escarmientos del pasado, y dice á los otros que es pronto para avanzar, porque no se debe hacer temerariamente el prematuro ensayo del porvenir.

»Yo creo más, señores diputados; yo creo que los partidos extremos pueden prestar aquí un gran servicio cumpliendo con su deber, cumpliendo con su misión, encerrándose dentro de la legalidad para predicar sus doctrinas; y la misión de los que se sientan en aquellos bancos (los de la minoría tradicionalista) es recordarnos las glorias de nuestros padres; así como la misión de los que se sientan en estos (los de la minoría republicana) es preparar á nuestros hijos, á nuestros nietos, para que realicen el que puede ser ideal definitivo de la humanidad. (*Bien, bien*). Dios ha condenado el despotismo de los reyes; pero Dios no ha querido pronunciar la última palabra para la absoluta y completa emancipación de los pueblos.»

Habrán visto nuestros lectores que el duque de Aosta ha tenido 191 votos, 17 más de los 174 que constituían la mayoría legal, y esto ha sorprendido notablemente á las personas que conocían las opiniones de cada uno de los diputados, y sabían que el gobierno no tenía votos bastantes para dar mayoría al candidato que presentara.

¿Cómo se ha obrado este milagro? De dos maneras: 1.º Abandonando al duque de Montpensier algunos de sus parciales. Y 2.º Pasándose al duque de Aosta veintiocho esparteristas, 28 de aquellos diputados que ha-

bían jurado defender hasta el último instante la candidatura del duque de la Victoria.

No haremos comentarios; que tememos abandonar la calma que ha guiado nuestra pluma hasta el momento supremo á que hemos llegado; pero séanos lícito consignar que hoy son los diputados más populares en España los Sres. Contreras, Villavicencio, Jesús Santiago, Salmeron, Quesada, Franco del Corral, Rodríguez Moya y Ruiz Vila, que votaron al general Espartero, y el Sr. Garrido, que, imposibilitado de asistir al Congreso, ha enviado un mensaje de adhesión al ilustre vencedor de Luchana.

También merecen elogios los Sres. conde de Iranzo y Otero y Rosillo, que representaban, con otros siete diputados que votaron en blanco, las ideas de la inmensa mayoría de los elementos conservadores del país, ostensiblemente manifestadas en recientes protestas de la grandeza y de muchos hombres notables de la alta banca, de la propiedad y de la política.

Tal ha sido el resultado de la sesión celebrada el 16 Noviembre, y que ha producido en la España entera, incluso una gran parte del partido progresista, honda y dolorosa impresión.

Creemos que se ha abierto en nuestra querida patria una nueva era de amarguras.

¡Ojalá nos equivoquemos! Que nosotros, si el bien se realiza, hemos de aplaudirlo aun redundando en contra de nuestros intereses, que ya hemos sacrificado al escribir la *Historia de la Revolución*.

Aislados de las candentes luchas de la política, nos inspiramos en las necesidades de la patria y en las aspiraciones de los pueblos. Escuchamos solo la voz de nuestra conciencia, y, por ella guiados, si hubiéramos tenido la honra de sentarnos en el Congreso Constituyente, habríamos votado con arreglo á las opiniones sustentadas en el libro á que estas líneas sirven de apéndice, como lo haremos si todavía nos es permitido llevar á la definitiva constitución del país nuestro débil concurso; pues alguien supone que el monarca electo solicitará la sanción del país por medio de un plebiscito.

Pero si nuestro pronóstico no se realizase; si las complicaciones exteriores que tememos no llegaran á convertirse en hechos; si el nuevo rey, víctima inocente de la fatal política de su padre y de la política personal del marqués de los Castillejos, atiende solo al bienestar de la nación cuyos destinos se propone regir; si logra siquiera disminuir la inmoralidad que nos abruma; si consigue, atrayéndose los elementos conservadores, reorganizar los

partidos constitucionales; si acierta á resolver con criterio de justicia y de conveniencia pública las crisis políticas; si contribuye á corregir vicios sociales que la Revolucion ha aumentado; si elevando el espíritu público obtiene el concurso de las clases acomodadas para extinguir el proletariado; si, adquiriendo prestigio en el ejército, mata el *sistema de insurrecciones militares*, que ha hecho imposible en España el *sistema representativo*; si mejora el estado material de los pueblos y respeta sus tradiciones

y sus creencias; si la administracion se separa de la política, y los proyectos de medro personal se rechazan para fomentar solo las aspiraciones levantadas, entonces, ¡oh! entonces no sentiremos habernos equivocado: lejos de eso, confesaremos franca y lealmente nuestro error, y uniendo en una sola dos fechas, la del día en que dejó de reinar doña Isabel II y la de aquel en que la felicidad empiece á vislumbrarse en España, diremos sin violencia, acaso con entusiasmo:

EL MONARCA HA MUERTO; ¡VIVA EL MONARCA!

FIN DEL APÉNDICE.





1081775

